**Joaquín Dicenta, *Crónicas viajeras.* Edición e introducción de Begoña Sáez Martínez. Sevilla, Editorial Renacimiento, en colaboración con el Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón, 2018.**

Por un doble motivo conviene agradecer esta edición de las *Crónicas viajeras* de Joaquín Dicenta, llevada a cabo por Begoña Sáez Martín: primero, porque rescata textos, algunos prácticamente olvidados de un autor prolífico en el filo de dos siglos, el XIX y el XX; y segundo, porque aporta valiosos documentos a un género de tanto interés en la actualidad crítica como es el de la literatura de viajes. El título de *Crónicas viajeras* no corresponde a ninguna obra en concreto bajo dicha denominación de las pertenecientes al escritor bilbilitano, sino que acoge un racimo de artículos procedentes de seis libros suyos «en los que la experiencia viajera actúa como trasfondo», tal como indica su editora, compuestos entre 1903 y 1916, tres de los cuales se pueden leer con su contenido íntegro en sendas ediciones: *De piedra a piedra* (1994), *Por Bretaña* (2015) y *Espumas y plomo. Cartas sin sobre y otras crónica sociales* (2017). Los restantes: *Desde Los Rosales* (1906), *Mares de España* (1913) y *Bajo los mirtos* (1916), no han sido reeditados.

En el estudio que precede a la edición la especialista enmarca los textos en una zona fronteriza entre la labor del periodista y la del viajero que se conjuntan en el cometido de metamorfosear en obras de arte las vivencias de sus desplazamientos fuera de Madrid, su lugar de trabajo, con el ejercicio de una escritura a modo de crónica que recorre periódicos y volúmenes, «textos compuestos y recompuestos», en un «lugar de encuentro entre un espacio, una subjetividad, una mirada y una escritura», como bien nos resume la propia editora, al hilo inspirador de un estudio de G. Champeau sobre el género. Los textos escogidos ofrecen recorridos de Dicenta por espacios y tiempos a veces abiertos, o cuando menos borrosos, sea camino de Barcelona, rumbo a Canarias, con diversas escalas en 1902; sea por tierras aragonesas y catalanas ese mismo año, primero por Piedra, luego por Montserrat; por Cantabria y algunas aventuras marítimas hasta la costa bretona o la isla de de Vigo en los años 1907, 1909 y 1912. Son experiencias en buena parte, que se trasvasan, según denota la profesora Sáez, tanto en temas, ideas, tramas y motivos, en algunas obras de ficción, como *Lorenza* (1907), comedia

ambientada en un pueblecito de la costa cantábrica, que guarda relación con «Para un drama», incluida en *Desde Los Rosales*, al igual que la pieza teatral *Daniel* (1907) y su novela corta *El Hampón* (1913) en el mundo minero, presente en la crónica «Entre mineros» de *Espumas y plomos*, junto a otros ejemplos más que aporta el estudio introductorio.

Un segundo apartado de la presentación, bajo el título de «Ida y vuelta: viajar-escribir», ajusta la categoría de la crónica: un «género literario-periodístico, más representativo a finales del siglo y de contornos imprecisos», dentro de la cual se arropan estos textos de Dicenta y así los catalogan colegas suyos como Gómez Carrillo o Eugenio Noel. La labor del cronista está estrechamente unida a la del viajero en su plena modernidad, al abrirse con holgura las fronteras terrestres y marítimas gracias a nuevos medios de transporte que incentivaban el interés por recorrer lugares que se habían vuelto más cercanos o aventurarse asimismo a los más lejanos. La editora cita a este respecto el libro *Por carretera* (1900) sobre un viaje de placer desde Madrid a San Vicente de la Barquera en un cómodo faetón y otras visitas «turísticas» (calificativo que ya se empieza imponer) a rincones emblemáticos como el Monasterio de Piedra, aparte de la difusión de revistas como *Alrededor del mundo*, *Por esos mundos* o *La Esfera.* En este panorama de la modernidad las motivaciones que abrigaban los viajeros eran muy variopintas. El estudio repara en algunas de ellas, como el cansancio de la vida urbana que reclamaba un cambio de aires, solución que practicaron, por ejemplo, Ciro Bayo y los hermanos Baroja, o bien la pasión andariega y regeneradora de los idearios excursionistas de la Institución Libre de Enseñanza en tanto medida terapéutica para la salud del cuerpo y del espíritu a la que apelaba Giner de los Ríos. Dicenta, resalta el estudio, se sitúa en dicho contexto con sus motivaciones personales, la del trabajo periodístico, el afán de aventura, el refugio para la inspiración literaria, la buena salud y hasta un amorío, cual el que mantuvo con una cantante italiana, si bien sus estímulos más recurrentes en el alejamiento de la capital madrileña, consistían en buscar el sosiego de la naturaleza, de la vista del mar, o del retiro en cualquier hospedaje, espacios todos ellos que vigorizaban sus inspiraciones literarias. Estas idas y venidas son el reflejo de un temperamento en el que se balancean los polos extremos del escenario urbano de la gran ciudad y el del paisaje solitario, según confiesa el propio autor en una de sus crónicas, «De

vuelta» (1892), escrita en la primavera de su madurez. Es, a fin de cuentas, la odisea de la vida bohemia que recala el estudio preliminar en cuanto al tránsito de un narrador gustoso de «la moda balnearia o excursionista, como otra vitrina más de la vida moderna con la que maquillar y cubrir la fealdad», a la vez que dirige su mirada objetiva a un mundo subyacente y antiestético, el de la explotación del obrero y del campesino, interiorizado en casi todas sus visitas. Dos espacios en cualquier lugar contrapuestos a lo largo de sus recorridos viajeros: el turístico, bien engalanado, y su reverso, cruento y doloroso, el de «la mina, la fundición, el asilo, la colonia escolar, el lazareto». Visión esta que se exterioriza recurrentemente desde unas convicciones socialistas, directrices de una lucha de clases, ideas a fin de cuentas políticas sobre las cuales la introducción a las *Crónicas* escogidas podría haber reparado con mayor detenimiento, lo mismo que la visión insistente de una naturaleza metafóricamente femenina en numerosas descripciones acendradas de erotismo.

Con todo, la presentación de estos textos no descuida detalles concretos de cierto interés, sea el de los compañeros de viaje en dichas excursiones, como Manuel Paso por «Las cuevas del Drach», o el naturalista Odón de Buen a través de Montserrat o las referencias a otros amigos y conocidos. Asimismo, dentro del abanico de datos, evoca otras notaciones, como el año en que el escritor se anima a recopilar el material cronístico en libros, o su dependencia a la bebida, marca distintiva de una vida bohemia que lo encaminará a un viaje más peligroso y sin retorno.

Completa la Introducción una lectura abreviada de todo el paquete de *Crónicas viajeras*. Los recorridos son difíciles trazar en el tiempo y el espacio, salvo en determinados casos. Esto requeriría un análisis biográfico muy pormenorizado, pero de difícil acceso, pues la misma bibliografía sobre el autor de *Juan José* no ha conseguido afrontarlo en la debida dimensión. Basta aquí, cuando menos, el que se facilite provechosamente una buena lectura a base de destacar lo más relevante del material seleccionado. En *Espumas y Plomo* son las emociones del escritor durante su viaje por mar de Barcelona a las Islas Canarias, sensible a la desigualdad social que observa en las etapas de su recorrido. De otro signo son, a su vez, las impresiones que le suscitan sendas visitas al Monasterio de Piedra y a Montserrat dentro del acopio

de crónicas que componen *De piedra a piedra*. Ahora es el grandioso espectáculo que ofrece la naturaleza en su estado más virginal, admiraciones que no le ciegan al visitante, para que repare al mismo tiempo en el entorno humano que anida en ambos lugares, el de los obreros, campesinos y practicantes de la religión, estos últimos vistos bajo el sesgo anticlerical de un librepensador. Los textos del siguiente libro, *Los Rosales*, discurren por otra geografía, la costa cantábrica y la montaña santanderina, artículos sobre los que la editora vuelve a reparar en la intención del autor por combinar las grandezas del paisaje con los problemas sociales, deteniéndose aquí, por un lado, en la educación de la infancia a raíz de su visita a una colonia escolar de la Institución Libre de Enseñanza, y por otro, a la explotación laboral de marineros y pescadores.

Los paseos por una ruta transfronteriza como los que configuran *Por Bretaña*, objetivo veraniego de parisienses, pero también de españoles acomodados, despiertan en el viajero las ansias del contacto con un país que lidera el progreso y las libertades. Le permite entonces contrastarlo con la realidad española al observar sus costumbres, sus atuendos, sus monumentos y sus misterios, a la vez que destaca sus distancias políticas frente a las nuestras. De vuelta al país otro racimo de crónicas, el de *Mares de España*, comporta un largo recorrido de cuatro meses en el barco costero *Felisa,* soportando los embates meteorológicos. Fuera de esto, el viaje, a partir de Bilbao, discurre con una tranquilidad a veces excesiva, pero que le permite a Dicenta recrearse en la contemplación de paisajes de la superficie marina, o los montañeses y los urbanos donde echa pie en tierra y topa con la epopeya laboral de unos trabajadores de los puertos, algunos de los cuales no tienen otro futuro que cruzar el océano hacia otros países más prometedores.

El último libro, *Bajo los mirtos*, reúne 12 crónicas, donde se hacen compañía la naturaleza y la realidad «aterradora» del apogeo de la primera Guerra mundial en un horizonte tan cercano como el del desastre colonial, fruto de una nefasta política. El escritor aragonés, como bien deja traslucir la editora, «trata de amortiguar el rumor de la lucha internándose en la calma de los mirtos, sediento de remanso y de horas naturales», sólo interrumpido por alguna que otra incidencia biográfica que le transportan a diversas preocupaciones.

La mirada objetiva de los paisajes que se tejen en estos periplos se acompasa, pues, con un subjetivismo hasta el punto, recalca B. Sáez, de que «el propio caminante se convierte él mismo en uno de los objetos del relato», posicionándose en la atalaya de un cambio de siglo donde «conviven realismo, simbolismo y modernismo». Sus viajes han servido, en definitiva, «para encontrarse con uno mismo y con los otros. (…) Ver y hacer de otra manera la realidad».

La edición de estas *Crónicas viajeras* acopia, en suma, una selección de 43 textos procedentes de las seis obras citadas, escogidos, como declara su autora, en virtud de un abanico de temas, de las motivaciones viajeras, de las observaciones y reflexiones. Es un compendio muy esclarecedor de la visión de un escritor sobre la realidad española tal como la ha querido perfilar y como la ha sentido, vivido y desearía transformar, comunicando sus experiencias con una maestría literaria de por sí muy enriquecedora y evitando descender a detalles autobiográficos para no distraer la atención de los lectores con pormenores biográficos que pudieran mermar revelaciones más sustanciosas. Así lo entiende y respeta la editora, al no acompañar los textos con notas aclaratorias y preservarlos en toda su pureza. Le basta con facilitar en un Apéndice bibliográfico la lista de estudios y fuentes para quien persiga objetivos de una envergadura más erudita.

ENRIQUE MIRALLES GARCÍA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA